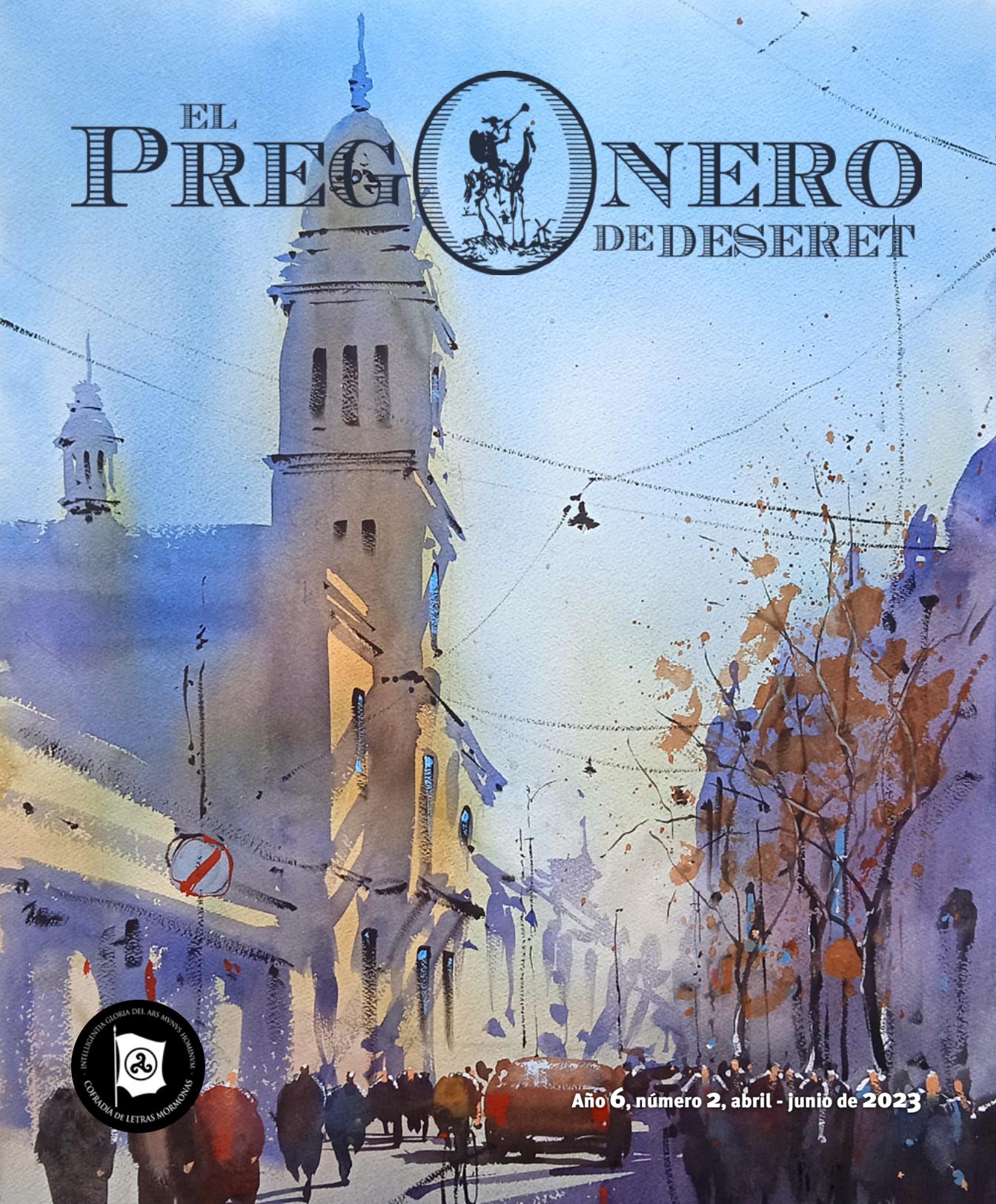


EL PREGONERO DE DESERET



Año 6, número 2, abril - junio de 2023



La Cofradía de Letras Mormonas es un colectivo integrado por miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días entusiastas y amantes del Arte en general y la Literatura en particular, unidos con el propósito de descubrir y difundir la labor de escritores y, ocasionalmente, otros artistas santo de los últimos días. Agradecemos sus comentarios, sugerencias y aportaciones al correo

cofradiadeletrasmormonas@gmail.com

La CLM y esta publicación no son oficiales ni dependen de la Iglesia ni de sus autoridades generales o locales.



NUESTRA PORTADA

25 de mayo y Ciganda

Daniel Martínez, acuarela

EN ESTE NÚMERO

<u>Editorial</u>	3
<u>Entrevistas</u>	4
<u>Daniel Martínez</u>	5
<u>Obras literarias</u>	8
<u>De amor y de piedras</u>	9
<u>Esto fue lo que sucedió</u>	
<u>en Trígonus</u>	12
<u>Hija mía</u>	16
<u>Inspiración a Jesús</u>	17
<u>Presentación: Elizabeth González</u>	18
<u>Una lectura «mormona»</u>	
<u>de J.R.R. Tolkien</u>	22
<u>Texto clásico:</u>	
<u>Literatura mormona: progreso y</u>	
<u>posibilidades</u>	26
<u>Novedades</u>	29

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel González Núñez
Mario R. Montani
Rafael Vázquez Velázquez
Elizabeth González

DISEÑO GRÁFICO

Indira Deviagge
Patricio Mansilla

MEDIOS DIGITALES

Marjory Sucle Vásquez



EDITORIAL



Se cuenta la anécdota de que J.P. Morgan, importante banquero y financiero estadounidense de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, invitó a algunos amigos a conocer su flamante y lujoso yate. Uno de ellos, entusiasmado con la embarcación y pensando en si podría permitirse algo similar, le preguntó el costo. Morgan le respondió: «Si tienes que preguntar por el costo, no puedes permitirte». Alguien ha especulado que esa es también una buena respuesta para quienes planean dedicarse a alguna forma de arte: «Si tienes que preguntar por el costo, entonces no puedes permitirte».



tenemos brillantes y exitosos autores entre los miembros de la Iglesia. ¿Cómo lo han logrado? Quizás no exista una fórmula única, pero sin duda deberemos estar dispuestos a hacer sacrificios y a realizar pactos de convivencia con nuestro entorno.

«Para seguir una forma de arte, deberemos estar dispuestos a dejar de hacer algo», nos recuerda la escritora Katherine Anne Porter. Pero si el germen de escribir ya está en nosotros, estaremos de acuerdo con Somerset Maugham en que “no escribimos porque queremos hacerlo, escribimos porque debemos hacerlo». Esta forma artística, a la vez compulsiva y deleitable, es su propia recompensa. De modo que, si decidimos embarcarnos en ella, «mirad que le sirvamos con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza» pues «fe, esperanza, caridad y amor nos califican para la obra», parafraseando una de nuestras conocidas Secciones de Doctrina y Convenios. Sí, habrá que hacer ajustes, aumentar capacidades, administrar mejor los 60 minutos de las horas diarias, utilizar nuevos recursos y tecnologías, atrevernos más a soñar... pero, ¡VALE LA PENA! ■

Los escritores y los amantes de la literatura tienen la misma cantidad de horas que el resto de los mortales. No podemos agregar más. Sí podemos levantarnos más temprano o acostarnos un poco más tarde. Sí podemos escamotear horas a otras actividades. Esto representa un desafío particular para los santos de los últimos días, con sus llamamientos, estudio de las Escrituras, responsabilidades familiares indelegables y estilo de vida servicial. Sin embargo, hemos tenido y

ENTREVISTA



Daniel
MARTÍNEZ



Daniel Martínez es fotógrafo y artista plástico, nacido en San José, República Oriental del Uruguay, en 1977. Alentado por su entorno familiar se fue formando en las áreas de la fotografía, el diseño, la pintura y la escultura. Es en la actualidad un reconocido acuarelista que dicta cursos sobre esta técnica. Es un privilegio tenerlo hoy como invitado en las páginas de ***El Pregonero***.

Pregonero: *Bienvenido Daniel a El Pregonero de Deseret ¿Cuándo comenzó tu atracción con la pintura?*

Daniel Martínez: Desde niño me sentí atraído por el dibujo y pasaba largas horas con mis lápices de colores, en ocasiones estaba tanto tiempo dibujando que olvidaba hacer las tareas del colegio.

Mi madre me incentivó para aprender más y desarrollar el talento estudiando dibujo en academias de mi ciudad. Recuerdo que a pesar de las dificultades económicas de aquellos años, en casa siempre tuvimos lápices de colores, algunas pinturas y papel.

P: *¿Por qué la acuarela?*

DM: La acuarela es un descubrimiento para mí ya que comencé a pintar acuarelas en diciembre de 2020. Encuentro fascinante el hecho de pintar con agua creando colores, formas y texturas que simplemente aparecen en el papel. De alguna manera la obra terminada es una asociación entre el artista y el agua que es el elemento principal, que tiene vida y que termina decidiendo cuál será el carácter de la mancha.

P: *¿Cómo te preparas para iniciar una nueva obra?*

DM: Es un proceso muy interesante. Coloco el papel en mi tabla y lo observo en blanco por un tiempo y me voy y vuelvo y lo observo varias veces en blanco. En algunas ocasiones pasan hasta dos horas en las que me encuentro en este proceso que me ayuda a ordenar los elementos de forma mental. Cuando decido comenzar hago un boceto rápido para ordenar las ideas. El momento de comenzar a pintar es muy intuitivo, es difícil de explicar,

pero la obra no se ve sino que se siente, tal vez se puede comparar a la sensación de cuando uno se enamora, un cosquilleo constante en la panza.

P: *¿Artistas que te hayan influenciado?*

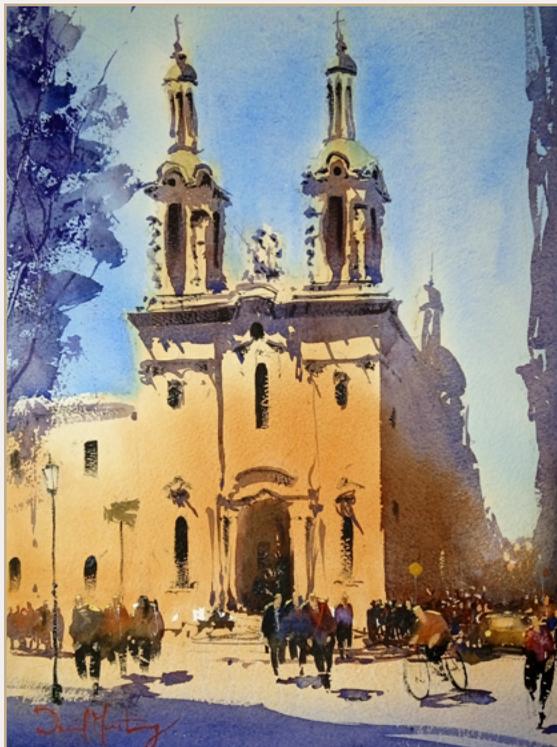
DM: Me siento muy identificado e influenciado con el pintor Pedro Figari, en el museo de mi ciudad hay varias de sus obras y desde niño me llamaron la atención aquellas pinturas que parecen «infantiles» pero a la vez tienen tanta vida. En la acuarela mis principales influencias son los acuarelistas Álvaro Castagnet, Joseph Zbukvic y Sergey Kuznetsov.

P: *Dijo Bernard Shaw que los espejos se emplean para verse la cara pero el arte para verse el alma ¿qué proporción de técnica y de emociones dirías que hay en tu trabajo?*

DM: La técnica es muy importante, especialmente para que luego de dominarla el artista se pueda olvidar de la técnica y pintar solo con las emociones. En mi obra hay mucho de emociones, pero sigo aprendiendo la técnica para llegar a ese punto en el que pueda dejar de pensar y pintar solamente con emociones. Esto podría parecer algo sin sentido, pero es muy real el hecho de que las emociones juegan un papel fundamental en el arte.

P: *¿Qué puedes decirnos de la difusión de tus obras?*

DM: Hoy en día el artista puede difundir su obra en segundos y recibir en cuestión



*Iglesia de San Francisco,
Daniel Martínez, acuarela*

de horas la visita de miles de personas a su muestra. Desde 2020 hasta la fecha he podido mostrar mis obras a una cantidad incontable de personas a través de las redes sociales. Además, actualmente expongo en dos galerías de Uruguay de forma permanente y he sido invitado a varias muestras en Uruguay y el exterior.

P: *¿Ha influenciado de algún modo el Evangelio tu actividad artística?*

DM: Mi actividad artística es parte de mi vida y el Evangelio ha influenciado mi vida profundamente. Antes de comenzar



Tarde de lluvia,
Daniel Martínez, acuarela

cada obra o de dar una clase hago una oración breve en el corazón y siento la tranquilidad de ser “dirigido para bien”.

P: *Cuéntanos sobre tu familia y tu actividad en la Iglesia.*

DM: Me casé en el año 2000 con una joven maravillosa. Susana es docente de profesión y una madre excepcional. Tenemos tres hijos, Sara, Sofía y Mateo.

Me bauticé a los nueve años y he tenido el privilegio de servir como misionero regular en la misión Argentina, Buenos Aires Oeste en los años 1996 a 1998. Fui obispo en dos oportunidades, presidente

de estaca por nueve años y actualmente sirvo como consejero en la rama y obrero del templo de Montevideo.

Actualmente nuestra hija mayor se encuentra sirviendo una misión en Argentina, Neuquén.

P: *¿Proyectos futuros?*

DM: Muchos proyectos. Hoy estoy trabajando en la grabación de un curso de acuarelas que impartiré en la plataforma Rusa, Arte facto. También en la plataforma Argentina acuarelarte.com

Además estoy preparando material para varias muestras individuales y colectivas en Uruguay y Argentina para este 2023.

P: *¿Consejos para jóvenes artistas que se inician?*

DM: Busquen diferentes técnicas y estilos hasta encontrar un estilo propio. Cuando lo encuentren tienen que ser muy constantes. Muestren lo que hacen porque el arte escondido simplemente no existe. ■

Conoce más de Daniel aquí



An abstract artwork featuring thick, expressive black brushstrokes that form a series of vertical, irregular shapes. Interspersed among these black strokes are several bright orange, teardrop-shaped accents. The background is a light, off-white color, creating a high-contrast, textured effect.

OBRAS LITERARIAS

Caminantes,
Daniel Martínez

8 | el pregonero de deseret



De amor Y DE PIEDRAS

Maximiliano Martínez

Sostuvo la piedra un momento y la miró, como intentando calcular el peso. Se la pasó de una mano a la otra, acariciándola entre sus dedos, como adivinado en su textura, su dureza.

Caminó hasta su casa y la dejó sobre un pequeño mueble que usaba para estudiar las escrituras. Se sentó y la miró un largo rato. Mientras la miraba, pensaba en su esposa.

Según la ley de su pueblo, una mujer adúltera pagaba por su pecado con la muerte. La gente recogía piedras y se las lanzaba, así repetidas veces, hasta que muriera. Él nunca había participado en una lapidación, pero había oído el griterío de la multitud cuando ocurría. Había oído los quejidos de quien agonizaba, el ruido de las piedras....

Apartó la vista de la roca que había traído y la dirigió a su mujer, que dormía muy cerca.

Miró sus párpados, sus negras pestañas tupidas... su rostro amado. Su respiración tranquila. Sus labios entreabiertos.

Unas lágrimas cayeron por sus mejillas.

Eran lágrimas de angustia. El dolor era como una braza ardiente en su vientre.

¿Pero acaso destruir aquella flor hermosa le traería la paz perdida?

¿El ver a aquel tesoro destruido en el suelo, sería acaso consuelo?

¿Cómo podría un ser que ama, atentar contra su propia carne, contra su propia alma? ¿Cómo extinguir aquel milagro que Dios había traído a su vida?

Él conocía las leyes de Dios, y eran estrictas. Ella también las conocía... pero por algún motivo, pareció haberlas olvidado.

¿Cómo exponer ante una multitud desaforada, a aquel pequeño ser, bello y delicado, para ser lastimado, golpeado, herido...?

¿No sería acaso el pecado postrero peor que el primero?

Él sentía que sí. Que a pesar de estar respaldado por la ley, esa ley no era la voluntad de Dios.

Miró la piedra inmóvil sobre la madera.

Miró a su esposa. Ella se giró en el lecho, recogiendo una pierna y estirando la otra.

Volvió a llorar. Le gustaba verla dormir. Su brillante cabello, su figura tendida.

Sí, estaba dolido. Parecía insoportable el dolor de saber que lo propio había sido dado a otro hombre. ¿Por qué? ¿Qué mal había hecho para ser humillado de la peor manera?

Pero, ¿quién era él después de todo, sino un hombre? No era infalible, ni entendía todas las cosas, y sentía que con esta tempestad en su interior, Dios lo ponía a prueba. Que sus caminos eran más elevados que los del pueblo. Que en el perdón había una dicha mayor que el dolor del engaño.

Acarició con el dorso de su mano las suaves mejillas de su esposa, imaginándola cubierta de heridas, con sangre surgiendo de su nariz, mezclándose con la tierra del camino.

Sus cabellos llenos de polvo y empapados en sangre.

El corazón se le estrujó en su interior.

Le acarició el cabello, y con la punta de su dedo índice, recorrió el suave relieve de la nariz.

Ella abrió los ojos, y descubrió los de su marido muy cerca, brillantes y húmedos.

Ambos sonrieron.

—Qué Dios te bendiga— dijo él en un susurro.

Se puso luego de pie, tomó aquella piedra, y se marchó al patio.

Tomó una pala, y cavó un pozo, pero mientras lo hacía, sintió que una mano, una gran mano, se apoyaba en su hombro. Se dio vuelta, y encontró a un varón vestido de blanco, de porte imponente, facciones varoniles pero bondadosas, que lo miraba directo a los ojos.

—Más hondo, cava más hondo— le dijo el visitante.

El joven marido lo sintió como un mandato. Cavó más y más hondo.

Al terminar, el forastero lo ayudó a salir del hoyo, y le dijo, poniéndole la mano en el pecho:

—Sé consolado— y fue consolado, y la angustia y el dolor se esfumaron.

—Por haber descubierto el verdadero sentido de la ley y haber amado tal como Dios ama, y no como lo hacen los hijos de esta generación, el Señor te bendecirá sobremanera, y recibirás siete veces más de lo que habrías logrado por tu propia mano. Y ahora te doy este mandamiento, que libres a este pueblo de las piedras que están esparcidas entre ellos.

Después, el varón salió caminando, y llegando al fondo, contra el muro, se adentró en vez de chocarse, como quien se adentra en un cañaveral hasta desaparecer.

La vida continuó para este hombre, con su rutina diaria, con sus ires y venires. Y guardó estas cosas en su corazón, sin revelarlas a nadie.

Pero algo sí era inevitable que su esposa viera a diario. Un pozo que de a poco, día tras día, se iba llenando con piedras que él traía de la calle.



ESTO FUE LO QUE SUCEDIÓ EN TRÍGONUS

Alejandro Seta

«Mas Jesús, habiendo clamado a gran voz, entregó el espíritu. Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo; y la tierra tembló y las rocas se partieron».
- Mateo 27: 50-51

Ame juega con Rodri bajo la luz de una de las tres lunas de Trígonus, el planeta verde.

Ellos viven en una de las ciudadelas a orillas de un gran mar, donde los árboles se apoderaron de las montañas, de los ríos, de las calles mismas, y de las casas. Los árboles son más importantes que las personas en Trígonus.

A nadie se le ocurriría lastimar un árbol, porque los árboles los protegen. De los vientos, de los grandes calores, de los grandes fríos, de las tempestades y de los malos sentimientos.

De hecho, hay casas en Trígonus que se asientan sobre los árboles, pero no porque las hayan construido allí, sino

porque los árboles siguieron creciendo y, con sus enormes raíces, las levantaron en el aire. Los habitantes de esas casas, al verse elevados a las alturas, sólo atinaron a construir escaleras para bajar, agradecidos de que los árboles hubieran tomado la decisión de protegerlos.

¿A qué juegan Ame y Rodri bajo la luz de una de las tres lunas? A escapar de sus propias sombras: los dos de la mano, y a veces sueltos, realizando una maravillosa danza de manos y piernas y risas que son como la misma música de esa extraña danza sin música.

—¡Aamee! —dice, llama, la mamá de Ame a Ame, quien deja de danzar-jugar con Rodri (¿acaso es distinto danzar que jugar?) y se despiden. Rodri va a su casa, donde ya está su mamá a la puerta, que es la de la casa de enfrente a la suya.

En la mesa de Ame hay sopa de vegetales, que a ella le encanta.

—¿A qué estaban jugando?

La mamá de Ame es como un pequeño ángel femenino que arregla constantemente la casa y lee libros de los cientos de libros que hay en la biblioteca, que los lee de a ratos, entre la comida y el orden de las cosas, y las responsabilidades de Ame como es ordenar su ropa y sus juguetes.

—A jugar con las sombras.

Al terminar de comer, salen a la puerta a mirar el cielo con tres lunas. De pronto, mamá Alexia pone la mano sostenida en el aire y la mano da tres sombras. Ame mira de reojo lo que su madre hace pero no deja de mirar el cielo. Se puede hacer eso, Ame lo sabe.

—¿Dónde está Tierra?

Alexia sabe que a Ame le preocupa eso desde hace unos días.

—Muy lejos —contesta. Trata de señalar un lugar en el cielo, pero ella tampoco sabe dónde. —Hay tantas estrellas! Tal vez una de ellas sea el sol de Tierra.

Ame intenta entender lo que dice Alexia, cierra los ojitos y los aprieta como si eso la ayudara. Pero no lo logra. Vio (le leyeron) en El Libro, que Jesús murió allí. La primera vez que lo vio colgado de dos maderos cruzados, un estupor la sobrecogió por entera y se apoderó de su pequeño corazón. «¿Qué hizo de malo?», se preguntó en voz audible pero musitada. Y cuando le dijeron que

nada, que nunca había hecho nada malo, más le costaba entender.

—¿Hay allí gente tan mala? —le pregunta ahora a su mamá.

Alexia no sabía hasta entonces que ser mamá también era contestar ese tipo de preguntas.

—Y también gente tan buena.

—¿Cómo lo sabés?

—Porque si no, Tierra hubiera desaparecido, se habrían despedazado unos a otros. Eso nunca ocurrió ni ocurrirá en Trígonus. Tierra sobrevive porque también hay seres cuya bondad hace que la humanidad persista en seguir creyendo. Es como esto.

Alexia levanta un palito del suelo y lo coloca sobre el dedo índice de la mano izquierda. El palito intenta caerse pero ella mueve levemente el dedo y el palito vuelve a su lugar.

Ame entiende.

Por un instante trata de comprender la maldad, qué es eso, pero no puede. No lo pregunta, simplemente trata de olvidarlo.

—¿Y por qué en Trígonus no necesitamos del palito?

Alexia piensa un rato. Hay más de dos respuestas en su mente.

—Porque aprendimos.

Pocos años después, Ame ya es una mujer adulta y bella con dos hijos: Rodri

y Bed. Se ha casado con Rodri, su amigo eterno, como a ellos les encanta decir, y tiene 84 años según los años de Trígonus, porque debemos saber que este planeta es tres veces más pequeño que Tierra y sus días pasan rápidos como flechas, por lo que se levantan de noche y se acuestan apenas atardece, muertos de cansancio, porque deben hacer en poco tiempo lo que a cualquier persona de otro planeta más grande le llevaría muchas horas más.

«Dicen que en Tierra desperdician el tiempo, porque tienen mucho».

Alexia ahora la mira barrer el porche de su casa, que es la misma, y sabe que pronto le llegará el tiempo de partir. Sabe (cree) que allá la espera su esposo, el papá de Ame, que falleció inexplicablemente cuando Ame tenía un día.

De vida breve como el mismo tiempo de Trígonus, Evaristo siempre estuvo presente en las historias de su imaginación, porque Alexia se había preocupado de contárselas todas, aderezadas con episodios no muy creíbles, con pizcas de emociones tal vez nunca tan vívidas, pero con el condimento del amor pleno por aquel ser del que siempre estuvo enamorada aún después de muerto muchos años después. Hasta ahora, en que Ame barre el porche de su casa mientras ella la mira y los pequeños Bed y Rodri juegan a taparse la sombra y a correrla, bajo la

luz espléndida de la Gran Estrella.

—El Libro —informa Alexia— dice que también desperdician los árboles.

Ame no lo puede entender todavía. No puede entender a esa gente extraña de Tierra

Ame recuerda ahora cuando su mamá le contaba, al lado del fuego del hogar, durante las noches, las historias de Evaristo, su padre. Que era hermoso, que era buenísimo, que contagiaba alegría. Que, antes de casarse, caminó Trígonus tres veces, durante muchísimos días y años, y que todo estaba acá, en su cabeza, y en sus escritos, en sus treinta libros escritos con canciones y poemas recogidos de los pueblos entre los que había andado para recordarles el compromiso que tenían de leer El Libro, porque allí se prometía que si Jesús había muerto en Tierra también iba a volver a Trígonus.

En Trígonus nadie dudaba de esto.

—¿Qué es ese temblor mamá? —preguntó la niña Ame de tres años a Alexia. Alexia miró el cielo y se arrodilló.

—Están temblando las estrellas.

Ame había percibido, antes de que Alexia lo sintiera, que el suelo del planeta estaba temblando, atemorizado, ruborizado por saber que en un lugar del Universo una especie de hombres habían sido capaces de matar a su propio Dios.

—Están matando a Jesús —dijo Alexia.

Ame dijo inocentemente que eso había pasado hacía miles de años. Que eso decía El Libro.

—Está sucediendo ahora. De alguna manera que no entiendo, está sucediendo ahora.

Alexia inclinó la cabeza. Ame la imitó. Muchos, todos, en Trígonus, se arrojaron y encogieron la cabeza entre sus hombros. Durante todo el día tembló el suelo, pero tembló de una manera imperceptible para los sentidos, casi un temblor invisible.

Durante muchas horas las estrellas danzaban un baile como al que solían jugar Ame y Rodri. Las tres lunas apenas se estremecieron brevemente. Pero allá, allá, muy lejos, un pueblo estaba aprobando que apedrearan y trataran de quitarle la vida a Aquel que había dado todo por ellos.

Ame no entiende la maldad.

Nunca la entenderá.





Hija mía

Por Mariluz de Flores
Rama de Talca, Chile

(A mi hijita Gabriela)



¿Desde qué lugar vienes, hija mía?
Sí, tú fuiste alguna cosa un día.

¿Eras tú la inteligencia que allá se encontraba?
¿En el Jardín Espiritual tú me buscabas?



¿Desde qué lugar vienes, hija mía?
Sólo sé que eras, que fuiste
y que todo allá era risueño.
Aquí, en cuna inmensa te espera la belleza.

¿Desde qué lugar vienes, hija mía?
Sí, eres espiritual, y lo espiritual
no nace, no muere.



*(Esta poesía apareció originalmente
en La Revista de la Sociedad de Socorro de Abril 1970, pág. 278)*



Inspiración a JESÚS

Por Celina de Senatore
Caracas, Venezuela

A todos mis hermanos
Con todo el corazón,
Traigo esta inspiración
Que nace del alma mía,
Porque siempre cada día
Estoy pensando en Jesús

En Cristo que un día del cielo
Volverá hasta esta tierra
Acabará con la guerra
Y con toda iniquidad.

Todos estaremos listos,
Pulidos como el marfil
Y gozosos entraremos
En su hermoso redil



*Esta poesía apareció originalmente en la Revista de la Sociedad de Socorro de Abril de 1970, pág. 258. Fue el segundo premio del Concurso Literario 1969 de la Sociedad de Socorro, organizado por la Mesa General de dicha organización.
La autora recibió, en reconocimiento, un ejemplar del libro «Artículos de Fe».*



Vivo el presente,
ESCRIBO EN EL PRESENTE

Elizabeth González Torres

Si tuviera que definirme con las primeras frases de algún texto literario de mi predilección sin duda elegiría los siguientes versos: «Suspiro por las cosas presentísimas / y no por las que están en lontananza...». Estos versos corresponden al inicio del poema Nostalgia de lo presente de la poeta mexicana Concha Urquiza quien, por cierto, fuera una de las responsables de que me atreviera a explorar el laberíntico mundo de la poesía después de haber huido de él durante mucho tiempo. Me siento representada por estas palabras que me hacen pensar en todas las cosas buenas y, también en las adversas, que ahora mismo tiene mi vida. Procuró no pensar demasiado en el pasado y, ni siquiera en el futuro, porque estoy más que conforme con mi presente.

Soy abogada y escritora, aunque más escritora que abogada. Soy esposa, hija, gemela, hermana, tía y creo que una buena amiga. Soy narradora (no sé si buena o mala) de historias de terror y suspenso. Soy amante de los personajes que logran atravesar la pantalla del televisor o las hojas de un libro para mostrarme la humanidad con la que fueron creados. Soy constructora de historias y personajes que también intentan ser humanos. Alguna que otra vez he sondeado la posibilidad

de ser tejedora de versos, aunque no sé si lo he logrado. Soy una compradora asidua de libros y una armadora lenta pero constante de rompecabezas. Disfruto de la música y de hacer música. A veces, cuando se trata de poner lindo el terruño que he construido junto a mi esposo, juego a ser pintora y diseñadora de interiores. Estoy enamorada de las plantas y de cómo ellas me hablan mientras les hago compañía. Me entrego a la naturaleza y a su poder sanador cuando estoy frente a una playa, un río, un bosque o el

simple respirar de un aire sin smog. Nunca me rehúso a viajar porque creo que cuando te dejas rodar por toda la extensión que abarca la tierra, uno le aporta una chispa de felicidad genuina a la vida. Soy mexicana, chilanga para ser exacta,

así que me gusta pasear por los rincones de la enorme ciudad que me vio nacer entre temblores y ajetreos. Y aunque amo mi ciudad, también añoro el día en que pueda salir de ella para solo tener que recordarla y visitarla de vez en cuando. Por último, aunque todavía no para terminar, he de decir que soy la amada hija de un Dios que me cuida, me escucha y me consuela cuando las cosas no van bien y debo sostenerme de aquello a lo que llamamos su evangelio restaurado.





Sí, soy todas estas cosas que antes he escrito y probablemente soy mucho más de las que pueda recordar y escribir. Sin embargo, todo lo que ahora mismo soy en antaño lo fui y en el futuro lo seré. No importa cuánto procure no pensar en las lontananzas de mi vida, creo que esta es una buena ocasión para contar un poco acerca de ellas.

Desde niña, no puedo recordar la edad exacta, descubrí mi amor por los libros y la gran curiosidad que siempre despertaría en mí la vida de los escritores. Entonces fue que comencé a soñar con escribir historias. Y así lo hice, inicié escribiendo pequeños relatos y cuentos que venían a mi mente. Jugaba a escribir y montar pequeñas obras de teatro con mi gemela y una de mis primas. Conforme fui creciendo las historias tomaron más forma porque evidentemente mis lecturas fueron en aumento. Llegué a la secundaria y ahí descubrí que tenía cierto don para

transmitir mis ideas a través de la escritura. Me encontré escribiendo ensayos y textos literarios de otra naturaleza diferentes al cuento y al relato.

Comencé a tomar confianza en la escritura y así lo seguí haciendo durante mi paso por la preparatoria, el hoy extinto Centro Escolar Benemérito de las Américas perteneciente a la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Fue durante esa época que comprendí que Dios me había dado la habilidad no solo de escribir, sino también de apreciar el arte como una forma de vida. En la orquesta sinfónica de la preparatoria antes citada aprendí a tocar un peculiar, pero hermoso instrumento llamado Fagot y con ello obtuve un lugar en dicho grupo. En ese mismo tiempo y por asignaciones académicas, me aventuré a montar algunas obras de teatro y descubrí que eso también me gustaba. Para entonces, tenía la plena convicción de que mi vida

profesional debía estar enfocada a la escritura, a la literatura y al arte en general. Sin embargo, con el pasar de los años he comprendido que algunos caminos que debemos recorrer no son del todo rectos y, mucho menos, los que esperábamos tener que transitar. Y así ha sido mi camino hacia la escritura, es decir, nada recto. Por diversas razones y por el contrario de lo que yo esperaba, al salir de la preparatoria comencé a estudiar una licenciatura en Derecho. Ser abogada no era algo con lo que soñaba exactamente, pero sí fue un pensamiento que pasó en más de una ocasión por mi cabeza. Durante toda mi etapa universitaria no solo me dediqué a estudiar la ley, sino que nunca perdí de vista mi deseo de escribir. Y fue de esa manera que para el año 2012 llegaría la publicación de mi primera novela titulada «San Rafael», a través del sello editorial Ulterior. De ese momento a la fecha he publicado también algunos cuentos, ensayos y artículos de investigación literaria en distintas revistas, tanto académicas como de divulgación artística. Profesionalmente he logrado desempeñarme como abogada en algunas instituciones de gobierno y académicas, lo cual me ha permitido convertirme en una persona autosuficiente, no solo en el sentido económico, sino en muchos otros aspectos de mi vida personal, laboral y social.

Cuando pienso en este bello pilar de recuerdos que sostienen todo lo que soy actualmente, no puedo evitar pensar en lo mucho que el evangelio de Cristo y

su iglesia restaurada tuvieron que ver en cada buena decisión que tomé siendo joven. Incluso, pienso en lo mucho que también tuvieron que ver con las «no tan buenas decisiones» que llegué a tomar y la manera en que las sobrellevé. Son muchas las enseñanzas y experiencias que mi estancia de casi 32 años en la iglesia me ha regalado. Muchas son las personas que he conocido a través de ella y por las cuales me siento sumamente agradecida, en especial, por el buen hombre con el que compartí mi vida y espero que también la eternidad.

Finalmente, y ahora sí, para terminar, he de decir que hoy por hoy sigo escribiendo (aquí me tienen como una nueva colaboradora de *El Pregonero*) y probablemente lo siga haciendo durante todo el tiempo que me reste de vida. No sé si en un futuro publique algún otro libro (aunque yo espero que sí), no tengo idea si algún día me convierta en una escritora como las que admiraba de pequeña y por las que aún guardo verdadera admiración, no sé si en algún punto llegue un nuevo rol a mi vida que deba cumplir. Pero las únicas dos cosas que puedo decir con toda certeza es que, más allá de lo que me deparen las lontananzas del futuro, siempre me aferraré al amor de un Padre Celestial que me ama y que, lo que más desea, es verme suspirar cada día por las cosas presentísimas que hay en mi vida. ■



UNA LECTURA «MORMONA» DE J.R.R. TOLKIEN

(INTRODUCCIÓN)

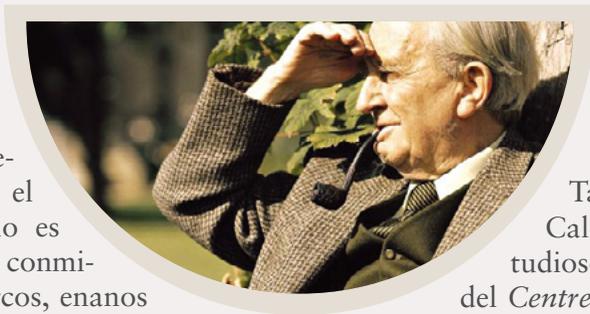
Por Mario R. Montani

Quizás la primera de las preguntas que nos formulamos al reflexionar en el título de este artículo es «¿Qué tienen que ver conmi-go dragones, elfos, orcos, enanos y anillos de poder?» y la segunda, probablemente, «¿Qué pueden aportar esas historias a mi vida espiritual?»

Si la verdad es «el conocimiento de las cosas como fueron, como son y cómo han de ser», entonces ¿Qué verdades puede traernos aquello que «nunca ha sido»? Pero nuestros líderes del pasado nos han estimulado a buscar dicha verdad «dondequiera que se encuentre». Esto parece incluir las ciencias, las artes y todo producto del espíritu humano, además de las propias Escrituras.

Acudamos a nuestro autor para establecer un primer puente:

«Después de todo, creo que las leyendas y los mitos encierran no poco de “verdad”: por cierto, presentan aspectos de ella que sólo pueden captarse de ese modo; y hace ya mucho se descubrieron ciertas verdades y modos



de esta especie que deben siempre reaparecer.» (J.R.R. Tolkien, Cartas, pág. 175)

También a Stratford Caldecott, profundo estudioso de Tolkien, director del *Centre for Faith and Culture de Oxford* y director europeo del *G.K. Chesterton Institute*:

«La “verdad” de los mitos y leyendas soporta bien la repetición porque no puede ser aprehendida enteramente de una vez. Hay historias dentro de las cuales debemos crecer; historias que abordan la manera en que están hechos el mundo y el Ser. Esas historias son como sueños que pueden ser compartidos por toda una cultura; sueños sanos que devuelven el equilibrio a la psique, orientando nuestra energía y nuestros pensamientos hacia la verdad; sueños que semejan un oasis en el desierto. Leerlos puede ser en cierto modo como rezar...» (Stratford Caldecott, Sobre el abismo de Fuego, J.R.R. Tolkien, Señor de la Tierra Media, Joseph Pearce, editor, Buenos Aires, Ediciones Minotauro, 2001, págs. 32-33)

Para los miembros de la Iglesia, acostumbrados al simbolismo y aprendizaje repetitivo del Templo, esto no debería ser una novedad.

Sin embargo, es posible que debamos escharbar un poco por debajo de la superficie para hallar el tesoro. Como lo expresara Pierre Grimal:

«Los mitos no nacen como un conjunto organizado, al modo de un sistema filosófico, teológico o científico. Crecen al azar, como las plantas, y es tarea del mitólogo reconocer las familias, las especies y las variedades.» (Pierre Grimal, *La mitología griega*, Barcelona, Paidós, 1998, pág.1)

La Creación

Según el relato de *El Silmarillion* en el principio todo era oscuridad y vacío, pero existía un ser omnisciente llamado Eru, el Único, conocido entre los elfos como Ilúvatar. Él creó una raza de dioses llamados los Ainur (los santos) y, mediante el poder de Su espíritu (la Llama Impecedera), les otorgó la vida eterna.

En su morada de los Palacios Intemporales, Ilúvatar enseñó a los Ainur a cantar, convirtiéndolos en un enorme coro celestial.

«Y sucedió que Ilúvatar convocó a todos los Ainur, y les comunicó un tema poderoso, descubriendo para ellos cosas todavía más grandes y más maravillosas que las reveladas hasta entonces; y la gloria del principio y el esplendor del final asombraron a los Ainur, de modo que se inclinaron ante Ilúvatar y guardaron silencio.

Entonces les dijo Ilúvatar: —Del tema que os he comunicado, quiero ahora que ha-

gáis, juntos y en armonía, una Gran Música. Y como os he inflamado con la Llama Impecedera, mostraréis vuestros poderes en el adorno de este tema mismo, cada cual con sus propios pensamientos y recursos, si así le place. Pero yo me sentaré y escucharé, y será de mi agrado que por medio de vosotros una gran belleza despierte en canción.

Entonces las voces de los Ainur, como de arpas y laúdes, pífanos y trompetas, violas y órganos, y como de coros incontables que cantan con palabras, empezaron a convertir el tema de Ilúvatar en una gran música; y un sonido se elevó de innumerables melodías alternadas, entretrejidas en una armonía que



iba más allá del oído hasta las profundidades y las alturas, rebotando los espacios de la morada de Ilúvatar; y al fin la música y el eco de la música desbordaron volcándose en el Vacío, y ya no hubo vacío. Nunca desde entonces hicieron los Ainur una música como ésta aunque se ha dicho que los coros de los Ainur y los Hijos de Ilúvatar harán ante él una música todavía más grande, después del fin de los días.» (J.R.R. Tolkien, El Silmarillion, Buenos Aires, Minotauro, 2007, pág. 11-12)

Pero no todo era armonía en los Palacios Intemporales:

«A Melkor, entre los Ainur, le habían sido dados los más grandes dones de poder y conocimiento, y tenía parte en todos los dones de sus hermanos... (y) hallándose solo, había empezado a tener pensamientos propios, distintos de los de sus hermanos. Melkor entretejió algunos de estos pensamientos en la música, e inmediatamente una discordancia se alzó en torno, y muchos de los que estaban cerca se desalentaron, se les confundió el pensamiento, y la música vaciló; pero algunos empezaron a concertar su música con la de Melkor más que con el pensamiento que habían tenido en un principio. Entonces la discordancia de Melkor se extendió todavía más, y las melodías escuchadas antes naufragaron en un mar de sonido turbulento... Entonces Ilúvatar se puso de pie y los Ainur vieron que sonreía; y levantó la mano izquierda y un nuevo tema nació en medio de la tormenta, parecido y sin embargo distinto al anterior, y que cobró fuerzas y tenía una nueva belleza. Pero la discordancia de Melkor se elevó rugiendo y luchó con él, y una vez más hubo una guerra de sonidos más violenta que antes, hasta que muchos de los Ainur se desanimaron y no cantaron más, y Melkor predominó. Otra vez se incorporó entonces Ilúvatar, y los Ainur vieron que estaba serio; e Ilúvatar levantó la mano derecha, y he aquí que un tercer tema brotó de la confusión, y era distinto de los otros. Porque pareció al principio dulce y suave, un mero murmullo de sonidos leves en delicadas melodías; pero no pudo ser apagado y adquirió poder



y profundidad. Y pareció por último que dos músicas se desenvolvían a un tiempo ante el asiento de Ilúvatar, por completo discordantes. La una era profunda, vasta y hermosa, pero lenta y mezclada con un dolor sin medida que era la fuente principal de su belleza. La música de Melkor había alcanzado ahora una unidad propia; pero era estridente, vana e infinitamente repetida, y poco armónica, pues sonaba como un clamor de múltiples trompetas que bramaban unas pocas notas, todas al unísono. E intentó ahogar a la otra música con una voz violenta, pero pareció que la música de Ilúvatar se apoderaba de algún modo de las notas más triunfantes y las entretejía en su propia solemne estructura. En medio de esta batalla que sacudía las estancias de Ilúvatar y estremecía unos silencios hasta entonces inmutables, Ilúvatar se puso de pie por tercera vez, y era terrible mirarlo a la cara. Levantó entonces ambas manos y en un acorde más profundo que el Abismo, más alto que el Firmamento, penetrante como la luz de los ojos de Ilúvatar, la Música cesó.» (Ídem anterior, págs. 12-13)

Melkor se llenó de vergüenza y secreto rencor, pero la música había creado un Mundo. Sin embargo era un mundo de pensamiento que giraba en el Vacío. Para Tolkien, la creación había surgido del canto y los miembros de la hueste celestial tuvieron parte en su concepción. Pero hacía falta la palabra y poder de Ilúvatar para formarlo en la realidad.



Un miembro de la Iglesia no puede pasar por alto la similitud del relato con las Escrituras y, en algunos detalles, con una visión que excede la propia teología católica pero se acerca a la nuestra. En esta poética versión es posible visualizar el gran conflicto previo a la creación (la gran batalla de la preexistencia), el lugar importante que ocupaba Lucifer (Melkor) en ese entonces, la alegría por la creación de la Tierra («... mientras las estrellas de la mañana cantaba a coro y todos los hijos de Dios gritaban de alegría» Job 38:7), la multiparticipación en los actos creativos («En el principio el principal de los Dioses convocó a un concilio de los Dioses», Joseph Smith, Discurso en los funerales de King Follet; «Entonces el Señor dijo: Descendamos. Y descendieron en el principio, y ellos, esto es, los Dioses, organizaron y formaron los cielos y la tierra», Abraham 4:1), la presencia de la Llama Impecedera (el Espíritu) («...y el Espíritu de los Dioses cubría la faz de las aguas», Abraham 4:2), la secuencia de una creación espiritual precediendo a la física, la misma como un proceso de organización a lo largo del tiempo y no una aparición de la nada... Los paralelismos son más que llamativos e interesantes. ■

El texto completo de este ensayo puede leerse en:

[Mormosofía | Parte I](#)

[Mormosofía | Parte II](#)

Literatura mormona progreso y posibilidades



Por Eugene England

*Eugene England (1933-2001) fue un escritor, profesor y erudito santo de los últimos días cuyo pensamiento continúa teniendo vigencia. En 1966 fue uno de los fundadores de *Dialogue: A Journal of Mormon Thought*, la publicación independiente más antigua sobre estudios mormones y 10 años más tarde sería cofundador de la *Asociación Mormona de Letras*. Entre 1977 y 1998 enseñó *Literatura Mormona* en la *Universidad Brigham Young*.*

El presente artículo es la introducción a un trabajo mucho más extenso originalmente publicado en *Irreantum* 3, nro. 3 (otoño de 2001), págs. 67-93.

Expectativas

El mormonismo ha sido llamado «una nueva tradición religiosa», en algún sentido tan diferente del cristianismo tradicional como la religión de Jesús lo fue del judaísmo tradicional. Sus comienzos, con apariciones de Dios, Jesucristo y antiguos profetas a José Smith, con la recuperación de escrituras perdidas y la revelación de otras nuevas, su dramática historia de persecución, un éxodo literal a una tierra prometida y la edificación de un impresionante «imperio» en el desierto de la Gran Cuenca, todo esto se ha combinado para convertir a los mormones de algún modo en un pueblo étnico, así como en una comunidad religiosa. La fe mormona se cimienta en teofanías literales, experiencias históricas concretas y artefactos tangibles (incluyendo el Libro de Mormón, los campos irrigados del Frente Wasatch, y los grandes templos pioneros de piedra en Utah), de tal modo que hace a los mormones más similares a los antiguos judíos, a los primeros cristianos y musulmanes que a, digamos, bautistas o luteranos...



Harold Bloom, el distinguido crítico literario y cultural, ha señalado recientemente la cohesión grupal mormona, así como su crecimiento numérico, acompañado de un poder económico y político, y ha alabado lo que él ve como una fuerza teológica inusual por causa de la restauración, a través de José Smith, de antiguas perspectivas sobre la naturaleza divina y eterna del ser. Identifica al mormonismo como «la religión americana» y predice que pronto se transformará en el equivalente a una religión de estado en algunas partes de Estados Unidos y asumirá una mayor influencia mundial en el siglo XXI. (Harold Bloom, *The American Religion: The Emergence of the Post-Christian Nation* (New York: Simon and Schuster, 1992, págs. 90,105, 111, 263-65).

Muy bien puede esperarse que tal religión produzca una literatura buena y característica, incluso una gran literatura, al menos entre su grupo predominante y cohesivo de miembros letrados, el cual, en este momento, por razones históricas, es mayormente angloparlante.

Una literatura prominente ha estado en las expectativas de los propios mormo-

nes, aun profetizada por sus líderes: John Taylor, en 1857 y Orson F. Whitney, en 1880. Sin embargo, casi noventa años más tarde, otro apóstol, Boyd K. Packer, citó a Whitney y expresó cierta pena de que «esos fundamentos se han estado levantando muy lentamente. Los más grandes poemas aún no se han escrito... Los mejores himnos y canciones de la restauración están por componerse. Nos movemos mucho más lento de lo que deberíamos» (Boyd K. Packer, «The Arts and the Spirit of the Lord», en 1976 *Devotional Speeches of the Year* (Provo, Utah: Brigham Young University Press, 1977), pág. 268)

En el Sesquicentenario de la Iglesia, en 1980, pude celebrar lo que denominé «The Dawning of a Brighter Day» (El amanecer de un día más luminoso), mencionando un relativo derrame, al final de los 70, de ensayos personales, dramas, colecciones de poesía y ficción de calidad creciente. A partir de allí, el crecimiento en cantidad de literatura mormona publicada (especialmente ficción), en cantidad de lectores, medios editoriales, ensayos críticos y antologías, se ha mantenido constante y se ha registrado, desde mi punto de vista,

un permanente crecimiento en la calidad de lo escrito también. Pero no todos están de acuerdo. Richard H. Cracroft —a quien podría llamarse el padre de los estudios literario mormones modernos por su trabajo pionero, a comienzos de los 70, al producir las primeras antologías e iniciar los primeros cursos de literatura mormona— objetó firmemente la dirección que ha tomado recientemente la mayor parte de la literatura mormona al ser demasiado imitadora de las defectuosas tendencias morales de la crítica contemporánea y, por tanto, poco fiel a los valores y tradiciones mormones. En su preocupación, comparte el consejo y la advertencia del élder Packer a los artistas mormones en 1976 de que muchos «desean complacer al mundo» o «estar a la moda», por lo que nuestra herencia artística crece «aún más lentamente». El élder Packer continuaba diciendo: «nuestra adoración y devoción permanecerán tan distintas del mundo como la Iglesia es diferente del mundo. Que el uso de vuestros dones sea una expresión de vuestra devoción a Aquel que os los ha otorgado». (Packer, «Art and the spirit», págs. 10, 16)

Al mismo tiempo, críticos como Bruce W. Jorgensen han propuesto una literatura mormona que se distinga no tanto por su específico contenido doctrinal o propósitos didácticos sino por transmitir su amor hacia el mundo que Dios nos ha dado y por su inusitada hospitalidad a la diversidad tanto en contenido como en estilos. (Bruce W. Jorgensen, «To tell and hear stories: Let the stranger say». *Sunstone* 16 (July 1993): págs. 41-50). Esta posición me parece a mí

consonante con el pedido del presidente Kimball en 1977 de una literatura que incluya el rango completo de la experiencia mormona: «las luchas y frustraciones, las apostasías, las revoluciones y contra revoluciones internas... contrarreacciones... días de persecución... el hombre de milagros... éxtasis». Ciertamente, una explicación para la falla general de la literatura mormona en cumplir con las expectativas ha sido que permaneció siendo demasiado tímida, demasiado convencionalmente estrecha. Ha estado satisfecha con el seguro territorio intermedio de la experiencia y con la voz del autor poco dispuesta a correr riesgos, de modo que no trató valerosamente con los extremos de «apostasía» y «éxtasis» que el presidente Kimball pareciera reclamar.

Estos dos énfasis —el del élder Packer y Richard H. Cracroft pidiendo por cualidades de devoción y espiritualidad, y enfocándose en los propósitos de la Iglesia restaurada y los fundamentos del evangelio restaurado, y el del presidente Kimball y Bruce W. Jorgensen, invitando a una respuesta generosa y realista sobre el espectro completo de la experiencia terrenal y extraterrenal— me parecen a mí compatibles, aunque no siempre fácilmente. Ambos proveen los polos principales de la actual discusión crítica en las letras mormonas y las más importantes categorías para describir lo que parece ser central en la literatura mormona en el presente y a lo largo de la historia. ■

NOVEDADES

Nuevo poemario



Se ha editado el poemario *Nieves*, de la autora chilena Evangelina Galván. El libro incluye el poema «El Sendero de Piedras», que ganó el primer lugar en la categoría poesía del Concurso Poético Femenino organizado por la Universidad de Valparaíso.

Autor mexicano en la revista Wayfare



Un autor de habla hispana ha visto una de sus obra publicada en la versión digital de la naciente revista Wayfare. Dicha revista publica ensayos, entrevistas, ficciones, perfiles, poesía, sermones, etc. que sirven para explorar la senda de la fe santo de los últimos días. En la categoría ficción, la primera obra publicada por Wayfare fue «El don», del mexicano R. de la Lanza. El cuento se puede leer tanto en traducción al inglés como en el castellano original.

